

Los cursos de cultura católica

Joaquín Migliore¹

Poco después de abandonado el intento de fundar la Universidad Católica de Buenos Aires, debido a la imposibilidad de obtener el reconocimiento de sus títulos por parte del Estado, surgirán en Buenos Aires los *Cursos de Cultura Católica*, que, iniciados en 1922, habrían de terminar por *fundirse con* -e incluso, podríamos arriesgar, *dar origen a-* la Universidad Católica Argentina.

Los Cursos y la UCA.

Resulta difícil entender a la Universidad Católica sin los *Cursos*. A ellos dedica Mons. Derisi el primer capítulo de su libro *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo: a los 25 años de su fundación*. También su segundo Rector, Mons. Guillermo P. Blanco, en el trabajo *La Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires", cuarenta años de historia*, se remonta a los *Cursos* para referirse a los orígenes de la UCA.² A los mismos se remite explícitamente el Episcopado Argentino en su declaración de 1958, fundando la Universidad Católica Argentina:

El plan que hoy se lleva a la práctica ha tenido en el país una remota y lenta preparación a través de meritorias iniciativas, surgidas en el campo católico, que estuvieron desde el comienzo el decidido apoyo del Episcopado y, más tarde, el patrocinio de la Santa Sede. Los "Cursos de Cultura Católica" –transformados posteriormente en "Instituto Católico de Cultura"– origen y parte integrante de la "Fundación Ateneo de la Juventud" que naciera después, tuvieron precisamente por objeto estimular la plenitud de la vocación universitaria bajo el signo de una rigurosa formación religiosa, de carácter científico, para preparar las generaciones de maestros, investigadores y estudiosos que serían, llegado el momento, el fundamento vivo de una nueva Universidad".

Y agrega:

La Santa Sede, por medio de la Sagrada Congregación de Estudios y Seminarios, ha reconocido años atrás la existencia de estas instituciones en el carácter aludido, adoptando diversas resoluciones destinadas a encaminarlas hacia la oportuna y plena realización de la ansiada Universidad Católica, entre las cuales cabe señalar la disposición estatutaria concerniente a los Cursos en el sentido de su desaparición y fusión con la futura Universidad, cuando así lo dispusiera la Autoridad Eclesiástica (Arts. 11 y 12). Ha llegado ese momento. Los Cursos han realizado, con abundante fruto, esa misión y cumplen hoy su último destino.

Cabría agregar, además, que fue el primer director de los Cursos de Cultura Católica, Atilio Dell’Oro Maini quien firmó el decreto ley que permitió la creación de universidades privadas en el país, entre ellas la UCA. Recibido de abogado en la Universidad Católica de Buenos Aires, ante la ausencia de reconocimiento por parte del Estado, Dell’Oro Maini debió revalidar su título en la UBA, de la que egresó con medalla de oro en 1918. Años más tarde, siendo Ministro de Leonardi, en 1955, tras derogar las leyes 13.031 de 1947 y 14.297 de 1954, con las que el peronismo había limitado la autonomía universitaria (en ambas el Rector era designado directamente por el Poder Ejecutivo), permitió, con el decreto 6403/55 que regulaba la organización de las Universidades Nacionales, que la iniciativa privada pudiera crear "universidades con capacidad para expedir títulos y/o diplomas académicos".³ La norma abrió camino a la fundación de numerosas casas de estudio: La Universidad Católica de Córdoba, la Universidad del Salvador y la Católica de Santa Fe

¹ Profesor Titular Ordinario Pontificia Universidad Católica Argentina.

² Mons. Guillermo P. Blanco, Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires". Cuarenta años de historia, Instituto para la Integración del Saber, Buenos Aires, 1999.

³ Decreto ley 6403/55 art.28.

anteriores a la UCA, y poco después de la creación de la UCA, la Universidad de Museo Social, el Instituto Tecnológico de Buenos Aires, la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, y la Católica de Cuyo.

¿Qué fueron los Cursos?

1. Jóvenes laicos.

Ahora bien: ¿Qué fueron los *Cursos*? La creación de un grupo de *jóvenes católicos* argentinos (la comisión fundadora estuvo integrada por Juan Antonio Bordieu, Tomás D. Casares, Atilio Dell’Oro Maini, quién sería el primer director, Faustino J. Legón, Samuel W. Medrano, Uriel O’ Farrell, Octavio Pico Estrada y Eduardo Saubidet Bilbao) que a fines de 1921 “tuvo la idea de crear una obra en la que se enseñara a los jóvenes estudiantes temas de filosofía, de historia de la Iglesia y de Sagradas Escrituras, ya que sólo así podrían conocer la “otra campana” que el laicismo, el positivismo y el liberalismo que imperaba en la Universidad Argentina les negaba sistemáticamente”.⁴

Dos notas merecen remarcarse: en primer lugar, la extremada *juventud* de sus integrantes. “Fueron fundados por un núcleo de *jóvenes* con el propósito de hacer una obra *para la juventud*”, recuerda Tomás Casares.⁵ Dell’Oro Maini y Casares tenían 27 años al tiempo de la fundación de los *Cursos*, Medrano, apenas 23. En segundo lugar, el *carácter laical* del emprendimiento. No sólo porque los seminarios estuvieran dirigidos primariamente a los laicos sino porque, no obstante que los profesores fueron en su gran mayoría religiosos o sacerdotes, los directores de los *Cursos* fueron laicos desde su fundación hasta 1939, año en el que el Episcopado decide encomendarle la dirección a Monseñor Tomás J. Solari. (Atilio Dell’Oro Maini, 1922/1924, Jorge Mayol, 1925/1927 y 1929/1930, Tomás D. Casares, 1928 y 1932/1939, y Benjamín Bourse 1931/1932). Señalaría en este sentido Jorge Mejía refiriéndose a los fundadores de la revista *Criterio*, que fuera creada y dirigida por los hombres de los *Cursos*:⁶

Eran todos, o casi todos, laicos, y uno se asombra de que, en la Argentina de los años veinte, antes de la fundación de la Acción Católica, no haya, en el primer equipo de la revista, ninguna presencia clerical, ni, por consiguiente, una dependencia estrechamente jurídica de la jerarquía. Los clérigos que figuran en la lista de accionistas de “Surgo”⁷ lo hacen a título estrictamente personal y ninguno de ellos (lo cual es entonces bien digno de nota) antepone a su nombre la denominación de su estado. (...) *Criterio* es, pues (...) una obra de católicos en cuanto tales, según una distinción que después Maritain hará famosa, es decir, en virtud de su fe y de su compromiso personal, pero no en cuanto

⁴ Osvaldo Barsky, Juan Carlos Del Bello, *La Universidad Privada Argentina*, Libros del zorzal, Buenos Aires, 2007, p 76.

Cfr. También Monseñor Octavio Nicolás Derisi, *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo*.

⁵ Tomás Casares, *Los cursos de cultura católica*, en: Tomás D. Casares, *Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo*, *Cursos de Cultura Católica*, Buenos Aires, 1942.

⁶ “*Criterio* puede considerarse (...) el órgano oficioso de los Cursos de Cultura Católica y del movimiento que estos impulsaban. Sus fundadores participaron en la dirección de la revista —Atilio Dell’Oro como primer director, Tomás Casares como colaborador en la dirección y eventualmente director interino, Samuel Medrano como secretario de redacción— y muchos de sus asistentes y profesores publicaron allí diversas colaboraciones”. Lucas Adur: *Criterio: un catolicismo de vanguardia (1928–1929)*, <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/lucas-adur-criterio-un-catolicismo-de-vanguardia-1928%E2%80%931929>.

⁷ “*Surgo*” es el nombre de la editorial, creada a instancia de Dell’Oro Maini, de la que dependerá *Criterio*. Recuerda su hija: “*Surgo* era la palabra que Dell’Oro Maini había elegido para el diseño del logotipo de la Circular de los Cursos de Cultura Católica según consta en sus apuntes manuscritos de 1923. Esta palabra expresa bien el temperamento con que su generación emprendía sus iniciativas. Está tomada de un párrafo de la carta de S. Pablo a los Romanos cap. 13, V.11: *Hora es jam nos de somno surgere*. ¡Ya es hora de levantarse del sueño! M.Magdalena Dell’Oro Maini, *Criterio* en el pensamiento de su fundador, op.cit., p.559.

instrumentos de la misma organización eclesiástica. Se representan a sí mismos y a sí mismos incorporan, pero no a la institución eclesial de la cual forman parte. (...) El Segundo Concilio Vaticano no dirá otra cosa, años después (...).”⁸

Esta presencia laical, señalan algunos trabajos, habrían producido una “horizontalización de las relaciones entre laicos y sacerdotes” (“la formación de los cursos habilitó una serie de prácticas internas y de relaciones entre jóvenes y sacerdotes que implicó una transformación de sus vínculos”, señala Zanca),⁹ generado, incluso, una serie de tensiones con la jerarquía¹⁰ (Devoto interpreta en este sentido el alejamiento de Dell’ Oro de la dirección de *Criterio*).¹¹ No obstante ello, parece difícil hablar de “secularización” como lo hace Zanca.¹²

2. *Inteligencia y fe.*

Reaccionando contra la cultura positivista de fin de siglo que había identificado fe con irracionalismo y continuando con el programa trazado por la *Aeterni Patris*, la generación de los Cursos (que puede ser vista como una de las primeras manifestaciones del renacimiento tomista en la Argentina),¹³ se propuso conciliar fe e inteligencia.¹⁴ La experiencia de los *Cursos*, señalaría Casares: “corresponde a una necesidad padecida por quienes los fundaron. Porque, víctimas de esa desintegración de la fe y de la vida, de la fe y la inteligencia, -el fruto de que el laicismo puede estar más orgulloso-, *el problema por excelencia de los católicos laicos que de algún modo estaban en*

⁸ Jorge Mejía, “Las tres etapas de *Criterio*”, *Criterio*, 24 de diciembre de 1977, n° 1777-78, p.671.

⁹ Esas prácticas horizontales, agrega Zanca: “eran un fin perseguido por los dirigentes de los Cursos, que a fines de la década crearon un modelo de reunión, distinto al de las clases normales, al que denominaron “seminario”. Este tipo de reunión tenía el objetivo de fomentar la activa participación de los estudiantes y, si bien estaba prevista la presencia de un docente, su tarea era marginal dentro de la lógica del curso.” Cfr. José Zanca, *Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización* http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1852-04992012000200011&script=sci_arttext

¹⁰ “[L]os pensadores católicos laicos (...) aprisionados por los límites de una ortodoxia crecientemente rigurosa que iba mucho más allá de las cuestiones vinculadas con la fe y condicionados por los intentos de una férrea subordinación de los laicos a los eclesiásticos que caracteriza las relaciones en el seno del catolicismo durante el período, enfrentaron dificultades significativas para perseguir sus propias estrategias sociales e intelectuales”. (p.350) Fernando J. Devoto, *Los proyectos de un grupo de intelectuales católicos argentinos entre las dos guerras*, en: Carlos Altamirano (Director), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Katz, Buenos Aires, 2010, p.349.

¹¹ El Episcopado no estaba dispuesto a permitir la existencia de una revista independiente y abierta al mundo y a las vanguardias como era *Criterio*, aunque los argumentos que se emplearon no aluden a un móvil político (...) ni tampoco al problema del poder en la relación entre laicos y eclesiásticos. (...) Sin embargo, lo que se cuestionaba, en el fondo, era un tipo de proyecto que ese grupo de jóvenes encabezado por Dell’ Oro Maini había estado proponiendo para la cultura y la sociedad argentinas desde la década de 1910. (...) En ese contexto, los continuos conflictos con los sucesivos censores eclesiásticos o la actitud de arrogancia intelectual hacia el mundo de los religiosos por parte de algunos colaboradores como Ernesto Palacio o Cesar Pico) ayudan a explicar la conjuntura pero no la crisis de fondo. Así, los primeros directores -Dell’ Oro Maini y luego Casares- debieron renunciar y en 1929 la publicación le fue encomendada a uno de aquellos laicos que hacían de la subordinación al poder eclesiástico un punto de fuerza en los conflictos entre católicos: Enrique Osés”. *Ibid.*, p.366,367.

¹² Cfr. José Zanca, *Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización* http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1852-04992012000200011&script=sci_arttext, y José Zanca, *Cristianos antifascistas*, cap. I: *Lecturas sobre lecturas: religión, intelectuales y secularización*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2013.

¹³ “El renacimiento escolástico en Buenos Aires está ligado a los nombres de Tomás Casares, Carlos Sáenz y Cesar Pico”, Alberto. Caturelli, *La filosofía en la Argentina actual*, Sudarnericana, Buenos Aires, 1971 p.221.

¹⁴ Leocata inscribe a los Cursos dentro de un movimiento de renovación escolástica que habría alcanzado un punto significativo en la Argentina de los años treinta. Dicha renovación debe entenderse “como una respuesta o una recepción (...) de un movimiento de renovación más amplio, cuyo centro de irradiación fueron las grandes universidades católicas europeas, especialmente las de Lovaina, de Milán, y la Gregoriana de Roma. Comenzaron también a influir publicaciones como la *Revue Thomiste*, la *Revue Neoscholastique*, las obras de Mercier, Gardeil, Gilson, Maritain, Tonquedéc, Garrigou-Lagrange”. Francisco Leocata SDB, *Las ideas filosóficas en la Argentina, Etapas Históricas II*, Centro Salesiano de Estudios, Buenos Aires, 1993, p.309.

los oficios de la inteligencia era el de un entroncamiento vital de ésta con la fe".¹⁵ Los *Cursos* nacieron "de la conciencia que una generación católica tuvo de su indigencia intelectual y de que la raíz de esta indigencia estaba en el divorcio de la fe y la inteligencia".¹⁶

Vieron en la razón, un aliado de la fe. Y un camino para la vida interior. De allí la importancia dada a la formación católica de la inteligencia, "una inteligencia que nos dispone a creer".¹⁷

Plantear este problema —el de la formación católica de la inteligencia— es declarar una determinada actitud personal: *la de quienes van a la vida interior*, que es la vida católica por excelencia, *por el camino del discernimiento especulativo*. No es el camino de todos; pero aquellos para los cuales es el camino, están en el deber de dar satisfacción a la inteligencia mediante la ilustración de su fe (...).¹⁸

La herramienta de la que se valieron los *Cursos* fue la enseñanza de "aquellas disciplinas esenciales que integran la doctrina católica". Se trató de una "enseñanza elemental", en el sentido de "fundamental y primordial",¹⁹ de fuerte contenido teorético. Pero, al mismo tiempo, fuertemente preocupada por la realidad concreta a la que se trataba de leer a la luz de los principios:

Ni la inmersión en lo concreto contingente por obra de preocupaciones primordialmente suscitadas por urgencias de orden práctico inmediato, ni conversión del orden de los principios en una torre de marfil en donde se manipulan conceptos desvitalizados. Tal ha sido la posición que en la querrela de la teoría y de la práctica se propusieron obtenerle los *Cursos* a la inteligencia de los seculares católicos que se les allegaron.²⁰

Jacques Maritain parece haber acertado cuando señalaba, al despedirse tras su estancia en Buenos Aires, que, la de los *Cursos*, era una "obra esencialmente, puramente, filosófica y teológica, una obra de cultura *desinteresada* para fines supra temporales", a la vez que agregaba:

No hay en ello el más mínimo olvido del mundo y de sus angustias. Todo lo contrario. Pero para el bien de la comunidad humana es esencial que existan tales focos de vida espiritual e intelectual, donde las cosas de la verdad sean seguidas fielmente y por ellas mismas, en esa paz que da Cristo y que el mundo no conoce.²¹

Los tres primeros seminarios, dictados en 1922, versaron sobre Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagradas Escrituras. Poco a poco se fueron agregando otras materias que se distribuyeron en un ciclo, primero de cinco años y luego de tres: Dogma, Pedagogía catequística, Moral, Liturgia, Latín,

¹⁵ Tomás D.Casares, Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo, Buenos Aires, Cursos de Cultura Católica, 1942, p.79. El subrayado es nuestro.

¹⁶ Ibid., p.68.

¹⁷ Criterio, Artículo introductorio, Año I, nº 1, 8 de marzo de 1928.

¹⁸ Tomás D.Casares, Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo, Buenos Aires, Cursos de cultura católica, 1942, p.42.

¹⁹ Señalaba al respecto Casares: "Estamos habituados a oponer cultura superior a instrucción elemental, escuela a universidad. La verdad o error de esta oposición dependerá del valor que se atribuya a las palabras. Si por enseñanza elemental se entiende la que suministra nociones primarias en vista de su futuro acrecentamiento por obra de una cultura de alto vuelo, la oposición es exacta (...) Pero 'elemento' también quiere decir fundamento y primer principio; y hay una enseñanza elemental que es, por consiguiente, 'fundamental y primordial'. Tal es la que se trata de impartir en los Cursos". Ibid., p.74.

²⁰ Tomás D.Casares, Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo, op.cit., p.86.

²¹ Palabras de Jacques Maritain, Criterio 451, octubre 22 de 1936, p.181. Resulta interesante el contraste con la preocupación, mucho más práctica, de Mons. Miguel de Andrea, último rector de la Universidad Católica de Buenos Aires. "Pasaron los tiempos —señala al inaugurar los Cursos de 1919— "en que podía el cristiano olvidar toda acción y deleitarse en la ciencia por la ciencia misma. Nuestro lema, en la hora presente, debe ser la "ciencia para la acción". Esto (...) nos muestra la finalidad superior que ha de movernos, la intención eminentemente social que nos guía". Mons. Miguel de Andrea, Discurso pronunciado en la inauguración de los cursos de la Universidad Católica de Buenos Aires en 1919, en: Mons D. Miguel de Andrea, Obras Completas, Tomo IV, Editorial Difusión, Buenos Aires, 1945.

Teología Fundamental, Derecho Canónico, Derecho Público Eclesial, Doctrina Social de la Iglesia, etc. Posteriormente, sin embargo, y dado “el gran número de estudiantes universitarios que frecuentaban los Cursos de Cultura Católica, pronto se vio la necesidad encarar el estudio de algunas materias afines o paralelas a las dictadas en aquellos institutos de enseñanza superior, con el objeto de completar la formación intelectual de los alumnos en una visión católica de las materias de estudio”.²² A lo largo de los años se dictarían seminarios sobre Derecho, Arquitectura, Sociología, Economía, Física, Medicina y Biología, entre otras disciplinas. Sobre esta base se crearía posteriormente la Universidad Católica Argentina. Recordaría Derisi a los 25 años de su fundación: “En el año 1936, el Dr. Tomás D. Casares me llamó para fundar la Escuela de Filosofía, como Director de la misma. Se fundó modestamente, pero como una verdadera Facultad, en germen, de Filosofía”.²³

Posteriormente, bajo la dirección del Cgo. Dr. Luis Etcheverry Boneo, los *Cursos* se transformarían en 1953 en el *Instituto Católico de Cultura*. Continuaron los Cursos de Teología, Filosofía e Historia de la Iglesia y demás materias y “se fundaron dos escuelas más: la de Economía, bajo la dirección del Dr. Francisco Valsecchi, que habría de convertirse en la Futura Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la UCA, y el Instituto de Ciencias”.²⁴ En 1958 el Instituto Católico de Cultura se fundiría con la Universidad Católica. “Después de fundada la UCA – recuerda Derisi- y ya, con varios años de vida, al cumplirse los 50 años de la fundación de los CCC (1922-1972), juzgamos conveniente reanimar esa Institución, ahora como órgano de la Universidad Católica”.²⁵ Podemos considerar al actual Instituto de Cultura Universitaria, encargado de animar la “formación integral, humanista y cristiana” como heredero del mismo.

Cursos e ideología

¿Cuán homogéneos fueron los *Cursos* desde un punto de vista ideológico? Ellos pueden enmarcarse dentro de un proceso que algunos han llamado de “renacimiento católico” que habría tenido su epicentro a partir de los años 30. Los signos más claros de tal renacimiento, además del crecimiento del número de vocaciones, tanto religiosas como del clero secular, y la fundación de nuevas diócesis, fueron, sostienen Di Stefano y Zanatta, “la difusión en las organizaciones eclesiales de un espíritu militante y de ‘reconquista’, así como la maduración de una intelectualidad católica capaz de disputarle el terreno a la laica”.²⁶

Las interpretaciones varían, sin embargo, tanto respecto del significado de lo acontecido en el período 1920-1945, como sobre el papel cumplido por los *Cursos* en dichos años. Buscando estudiar la influencia que habría tenido la Iglesia y el catolicismo sobre los autoritarismos que se desarrollaron entre las dos guerras, tanto en Europa como en América Latina, Loris Zanatta asocia sin más a los *Cursos* a lo que llamó “el mito de la nación católica”. “En su conjunto -sostiene en el primero de los trabajos que resultaran de su tesis doctoral *Dallo Stato liberale alla Nazione Cattolica*- durante los años treinta la Iglesia argentina fue radicalmente nacionalista. Reafirmó con fuerza su centralidad en la historia y en la tradición del país, y pretendió que el catolicismo encarnase la identidad espiritual indiscutida de la nación. (...) Los caminos de católicos y nacionalistas se cruzaron en primer lugar en los “Cursos de Cultura Católica” (...) los cursos fueron patrocinados por las autoridades eclesiásticas y pronto se convirtieron en el laboratorio de la revancha católica y al mismo tiempo en cenáculo de los jóvenes nacionalistas”.²⁷ En el mismo

²² Raúl Rivero de Olazábal, *Por una cultura católica*, Claretiana, Buenos Aires, 1986, p.124.

²³ Monseñor Octavio Nicolás Derisi, *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo: a los 25 años de su fundación*, op.cit., p.19.

²⁴ *Ibid.*, p.24.

²⁵ *Ibid.*, p.25.

²⁶ Cfr. Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina: Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2009, p.424.

²⁷ Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1939-1943*, Editorial Universidad Nacional de Quilmas, Buenos Aires, 1996, p.44.

sentido se orienta la interpretación de Ghio. “La emergencia de una ideología integralista, orientada hacia un catolicismo tradicionalista y conservador, caracterizará la posición de la mayoría de los católicos argentinos desde la década del treinta hasta el advenimiento del peronismo en 1946”,²⁸ afirma en *La Iglesia Católica en la política argentina*. En cuanto a los *Cursos*, ellos habrían ejercido, sostiene, una “decisiva influencia formativa sobre la nueva camada de jóvenes intelectuales que protagonizarían el resurgimiento de un catolicismo fuertemente tributario de las diversas corrientes antidemocráticas que circulaban en Europa”.²⁹ En los *Cursos*:

La filosofía tomista era utilizada para afirmar una concepción jerarquizada de la sociedad, en la cual el poder legítimo recae en hombre elegidos por Dios y no por el sufragio, alentando así, la producción de discursos de contenidos antiliberales y antidemocráticos (...). Esta postura antidemocrática no es exclusiva de los católicos argentinos, por el contrario, se inscribe dentro de la renovación neoescolástica iniciada sobre todo en Italia con la *Civiltà Cattolica*, y oficializada por el papa León XIII en la encíclica *Aeterni Patris* (1879).³⁰

Esta perspectiva puede sin embargo discutirse. Puede cuestionarse, en primer lugar, la asociación entre renovación escolástica y reaccionarismo. Situándose desde una perspectiva filosófica, Leocata considera como “inexacta y parcial, la interpretación difundida por algunos autores, que atribuye al pensamiento neoescolástico en general, y en especial al neotomismo y a sus expresiones del período que abarca las décadas de 1920 y 1930, un carácter ‘reaccionario’, aunque –aclara– es verdad que en algunos de sus exponentes hubo una asociación entre dicha formación y algunas ideas de los modelos de nacionalismo político entonces en auge (no sólo en los ambientes católicos)”.³¹

Por otra parte, puede discutirse que los cursos hayan sido tan homogéneos, tanto diacrónica como sincrónicamente. Resulta, en primer lugar difícil hacer un juicio que los abarque en su totalidad, dado que los *Cursos* fueron cambiando a lo largo de sus treinta y seis años de historia. Cabe distinguir, si nos atenemos a los directores, el período que se extiende entre 1922 y 1939 (años en los que estuvieron a cargo de laicos), el período que inicia con el nombramiento de Monseñor Tomás J. Solari, designado por la autoridad arquidiocesana, y que podríamos considerar llega hasta 1947, cuando, bajo la dirección del Presbítero Luis María Etcheverry Boneo, se transforman en el Instituto Católico de Cultura de Buenos Aires, dando lugar a un tercer período que continúa hasta que el Instituto se funde con la Universidad Católica Argentina en 1958. También los acontecimientos históricos habrían de dejar su huella. El golpe de 1930, la guerra civil en España, etc.

Pero incluso en un mismo período puede advertirse cierta diversidad. Sobre todo en la primera época no parece que pueda identificarse, sin más, a los *Cursos* con el nacionalismo. Bosca reconoce que “pese a su clima de tono tradicionalista, los *Cursos* también evidenciaron un cierto aire de modernidad y apertura”.³² Zanca directamente habla de pluralidad: “Revisando el listado de asistentes a los Cursos de Cultura Católica, sostiene, se aprecia la *pluralidad* de sus participantes (...). Antes y después de la polémica con Maritain encontramos entre los asistentes nombres aparentemente tan contrapuestos como Meinvielle y Ordóñez, Ayerza y Samuel W. Medrano, Ayarragaray y Etchecopar, Derisi y Juan Julio Costa, Río y Martínez Zubiría”.³³ Por sólo poner algunos ejemplos, en el mismo año 1931 dictarán cursos Cesar Pico (quién años más tarde, en su polémica con Maritain defendería la posible colaboración entre pensamiento cristiano y fascismo) y

²⁸ José María Ghio, *La Iglesia Católica en la política argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2007, p.66.

²⁹ *Ibid.*, p.58.

³⁰ *Ibid.*, p.60

³¹ Francisco Leocata, *Los caminos de la filosofía en la Argentina*, Centro de Estudios Salesianos de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004., p.251.

³² Roberto Bosca, *El humanismo cristiano de Gustavo Franceschi*, en: M.P.E.Camusso, I.A.López, M.M.Orfali Fabre (coords.), *Doscientos años de humanismo cristiano en la Argentina*, Educa, Buenos Aires, 2012, p.467.

³³ José A. Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*, F.C.E., Buenos Aires, 2006, p.21.

Manuel V. Ordóñez, (discípulo de Maritain y uno de los fundadores de la Democracia Cristiana), también fueron profesores de los *Cursos* Manuel Río y en 1939, después del debate desatado por la visita de Maritain, Rafael Pividal, el gran defensor del filósofo francés.³⁴

Es por ello que pretender evaluar lo que fueron los *Cursos*, mencionando solamente la figura de Julio Meinvielle entre los docentes, o centrarse en la persona de Mario Amadeo para “ver el clima intelectual en que se movían algunos de los participantes de los *Cursos*”, tal como lo hace Ghio, sin mencionar siquiera a Atilio Dell’ Oro Maini, resulta cuento menos parcial. También en los *Cursos* existieron voces que criticaron el autoritarismo.³⁵

También Mejía en sus reflexiones sobre *Criterio*, al analizar la etapa en la que la publicación estuvo dirigida por los hombres de los *Cursos* (1928-1930), llamó la atención sobre esta pluralidad: “Cuando uno recorre la lista de la ‘Dirección, redactores y colaboradores’ comprueba los caminos muy distintos que tales personas siguieron después y que tornarían imposible su renovada colaboración en una obra común”.³⁶ Los conflictos serían muchos: las polémicas desatadas por la visita de Maritain, la guerra civil española; el peronismo (Casares fue separado del cargo de Juez de la Corte Suprema en 1955 días después y por el mismo gobierno que nombraría a Dell’ Oro Ministro de Educación). ¿Cómo fue posible entonces la convivencia? Las diferencias, se pregunta Mejía “¿no aparecían todavía o fueron superadas en pro de la responsabilidad de ser y obrar como católicos?”. La persona de Dell’ Oro, en quién Mejía concentra “el homenaje y la conmemoración de los padres fundadores” parece haber sido esencial. Y es una de las figuras que claramente se distingue de los nacionalistas.

Tal vez una de las creaciones de los *Cursos*, fundada a instancias de Dell’Oro Maini, que más habla de su pluralidad, y más se resiste a ser etiquetada, fue el *Convivio*, encuentro que “convocaba semanalmente a artistas y hombres de letras en veladas amistosas donde se intercambiaban ideas, se trataban temas de la actualidad cultural, y se organizaban exposiciones, conferencias, recitaciones, conciertos, todo en un clima de afectuosa camaradería.”³⁷ M. Magdalena Dell’ Oro Maini recuerda el estímulo que significó para su padre la lectura de las cartas intercambiadas entre Jacques Maritain y Jean Cocteau a propósito del retorno de éste al seno de la Iglesia para poner en práctica esta iniciativa. “Cocteau había encontrado de nuevo la fe, luego de una larga y penosa travesía de su

³⁴ Cfr., Raul Rivero de Olazabal, Por una cultura católica, op.cit., p.124, 128 y 130.

³⁵ Escribía Pividal en *Criterio*, a raíz de las críticas a Maritain tras su paso por la Argentina: “Una nueva cristiandad no será posible si no se tiene en cuenta la edad en que vivimos. ¿Cuáles son los caracteres que distinguen al mundo moderno –el mundo que arranca del Renacimiento-, y que lo oponen al mundo medioeval? “El hecho ideológico de que el ideal... de la ‘realización de la libertad’ ha reemplazado al ideal de la ‘fuerza al servicio de Dios’; y el hecho concreto de que mientras en la Edad Media la civilización exigía imperiosamente la unidad de religión, hoy día admite la división religiosa. Este ideal de la libertad le viene al hombre moderno de una *prise de conscience*, de un adquirir conciencia de su dignidad de hombre, y se produce en todos los órdenes de la cultura. No se trata aquí de saber si es bueno o malo en sí: es un dato real, probablemente definitivo”. Rafael Pividal, Defensa de Maritain, *Criterio* n° 486, junio 24 de 1937, p.179. Es por ello que ha podido afirmar Zanca: “Los antifascistas católicos se reunieron en torno a una serie de figuras destacadas de la intelectualidad confesional, muchos de ellos fueron parte de los *Cursos de Cultura Católica* en los años veinte y treinta, cuando incluso los miembros de ese segmento solían compartir los mismos espacios de sociabilidad con el resto de la intelectualidad argentina. Alejándose del nacionalismo autoritario e identificándose con Maritain, intentaron formar un agrupamiento alternativo que les permitiera exhibir la existencia de “otro” catolicismo. Rafael Pividal y Manuel Ordoñez eran hombres de los *Cursos*, el primero era el vínculo directo de Maritain en Sudamérica; el segundo estaba conectado con la familia Gallardo y una larga tradición de lazos con la diplomacia vaticana”. José Zanca, *Agitadores Jesús cristianos. Los católicos personalistas del antifascismo al antiperonismo*, www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro.../Texto%20JoseZanca.pdf Para el pensamiento de Pividal puede consultarse también Álvaro Perpere Viñuales: “El grupo de “humanistas cristianos” en su polémica con el totalitarismo: 1936-1947”, en M.P.E.Camusso, I.A.López, M.M.Orfali Fabre (coords.), *Doscientos años de humanismo cristiano en la Argentina*, op.cit., p.491 ss., y “Rafael Pividal y Alberto Duhau: aportes y debates en torno a la idea de democracia en el pensamiento político de intelectuales católicos”, *Colección. Año XVI, N° 21*, p.65-92.

³⁶ Jorge Mejía, *Las tres etapas de Criterio*, op.cil.p. 671.

³⁷ M.Magdalena Dell’ Oro Maini, *Criterio* en el pensamiento de su fundador, *Criterio*, 12 de octubre de 1995, n° 2163.

alma, precisamente en una de las tantas reuniones de poetas y artistas que se congregaban alrededor de Maritain. El arte, la poesía, esa “máquina para fabricar amor” como él la llamaba, había allanado el camino disponiéndolo para la vida del espíritu”.³⁸ Figuras como las de Marechal, Francisco Luis Bernárdez, Ignacio Anzoátegui, Jorge Luis Borges, Pedro Figari, Ernesto Palacio, Antonio Spotorno, Rafael Jijena Sánchez, Jacobo Fijman, Osvaldo Horacio Dondo, Alberto Prebisch, Juan Antonio Ballester Peña, frecuentaron el *Convivio*. Expusieron sus obras, entre otros, Xul Solar, Héctor Basaldúa, Norah Borges, Juan Del Prete, Fray Guillermo Butler, etc.³⁹ La variedad de las orientaciones es fácil de notar. En *Convivio* se encontraron católicos y vanguardistas, encuentro que se dio, también, en la primera etapa de *Criterio*. (*Convivio* se crea en 1927, *Criterio* en 1928) El “diálogo con las nuevas tendencias estéticas, promovido desde el *Convivio*, puede considerarse entonces como parte del proyecto de *Criterio* desde sus inicios y constituyó uno de sus rasgos más singulares de la publicación durante todo el período en que la misma estuvo bajo la dirección de Dell’Oro Maini, es decir, hasta noviembre de 1929”.⁴⁰ Los conflictos internos que llevarían a la renuncia de Dell’Oro Maini determinaron el alejamiento de *Criterio* de muchos de los hombres de los *Cursos* y la fundación de la revista *Número*. Pero ponen de manifiesto, a su vez, lo difícil que resulta considerar a los *Cursos* como un todo homogéneo.

La herencia de los cursos

Los *Cursos* marcaron a una generación de católicos y sentaron, en parte, los fundamentos de lo que sería la futura Universidad Católica Argentina. Quisiéramos recordar, para terminar, glosando un trabajo de Casares publicado por la Editorial de los *Cursos* en 1942: las *Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo*, algunos de los problemas que enfrentaron, y de las respuestas que esbozaron, en materia de educación universitaria, los hombres de los *Cursos*, porque continúan teniendo una asombrosa vigencia.

Está, en primer lugar, la pregunta por la “condición de la inteligencia en el catolicismo”. Oponiéndose a una generación que identificó fe con irracionalidad, los miembros de los *Cursos* se preocuparon por subrayar que la fe católica debía ser un “obsequio *racional*”; que competía al conocimiento “mostrar la verdad de los motivos de credibilidad y la ausencia de contradicción en la materia misma de la fe”.⁴¹ De allí la importancia de lo que llamaron “formación católica de la inteligencia”, vida de la inteligencia que “los *Cursos* trataron de promover (...) en función de la plenitud espiritual”.⁴² Para atender “las exigencias de las vocaciones intelectuales de los católicos laicos”, los hombres de los cursos buscaron configurar un “sistema de enseñanza superior” sobre la base de la enseñanza de materias filosóficas y teológicas.⁴³ Esta formación incluía un especial diálogo con las bellas artes, notoria sobre todo en la primera década de los *Cursos*. La cuestión continúa siendo una asignatura pendiente,

Está, en segundo lugar, la pregunta por la presencia cristiana en la universidad. En tanto no existiera un sistema de “libertad de enseñanza que permitiera la organización (...) de una enseñanza superior católica con condiciones de expedir títulos con validez oficial”,⁴⁴ el “problema de la catolización de la enseñanza superior”, señala Casares, podía ser afrontado (tal fue la opción de los *Cursos*),

³⁸ Ibid.

³⁹ Cfr. José María Medrano, “Los iniciales Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires”, en “Universitas”. Revista de Sociedad y Cultura”, Pontificia Universidad Católica Argentina, Instituto de Cultura y Extensión Universitaria, número 5, febrero 2008, páginas 127/150.

⁴⁰ Lucas Adur, *Criterio: un catolicismo de vanguardia (1928-1929)*.

<https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/lucas-adur-criterio-un-catolicismo-de-vanguardia-1928%E2%80%931929>

⁴¹ Tomás D. Casares, *Conocimiento, política y moral*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981, p.18.

⁴² Tomás D. Casares, *Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo*, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1942, p.80.

⁴³ Tomás D. Casares, *Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el catolicismo*, op.cit., p.89.

⁴⁴ Ibid., p.58.

organizando enseñanzas que complementaran y rectificaran “la docencia de las universidades oficiales en aquellas disciplinas que son el fundamento y la condición primera de toda cultura.”⁴⁵

La creación de una Universidad Católica con capacidad de expedir títulos no resolvía, con todo, la pregunta por la presencia católica en la educación superior. Señala al respecto Casares:

Si hoy mismo fuera acordada la más completa libertad de enseñanza en el orden universitario, ¿qué harían los católicos?, ¿acaso lanzarse a la aventura de competir con todas las enseñanzas de la Universidad oficial? Eso sería algo más que materialmente imposible; a mi juicio sería una insensatez. Porque muchísimas de las enseñanzas que imparte la Universidad oficial no podrían ser substituidas seriamente por las de una Universidad Católica, ni hay motivo alguno para proponerse sustituirlas. Y esto más: que la condición de católico no cierra, ni obstaculiza hoy día, en las universidades argentinas, ningún camino; y la libertad de que se dispone en el ejercicio de la cátedra es completa”.

Y agrega:

Antes de hacer el proceso católico de la universidad oficial, hagámonos a nosotros mismos el proceso; hágase el proceso de los católicos en la Universidad oficial, y el de la actitud de los católicos, con respecto a las posibilidades de esa Universidad. No nos quejemos demasiado de males que en una cierta medida estuvo y está en nuestras manos morigerar. La Universidad oficial tendrá siempre el prestigio de su condición; aparecerá siempre como algo singularmente propio de la Nación (...). El ejercicio cristiano y católico de la virtud del patriotismo no consisten en constituir un país de los católicos frente al propio país, sino en hacer católico al país. (...) Ha de aspirarse, sí, a la unidad de la enseñanza bajo la inspiración suprema de la Iglesia; pero en la consecución de este propósito se ha de procurar una tan extensa y categórica participación en la enseñanza oficial cuanto ésta lo consienta. Y puesto que, como queda dicho, la enseñanza universitaria la consiente en no escasa medida, sin perjuicio de considerar el problema de la libertad de la enseñanza superior, los católicos deben agotar esa posibilidad.

Más allá de esta preocupación por la presencia católica en la universidad oficial, queda por último la pregunta por la función de una universidad *católica*. Ella no podía reducirse, simplemente, a la formación de profesionales. En clara sintonía con las afirmaciones posteriores del magisterio (por ejemplo *Ex corde ecclesiae*), Casares sostiene que ella le incumbe lograr la *unidad*, la *universalidad* del conocimiento. No la universalidad de conocimientos, aclara, que sería mero enciclopedismo, sino “universalizar el sentido de todos los conocimientos (...) refiriéndolos a los primeros principios de la inteligencia y de la realidad”, lo que equivale a “situar todo lo conocido en la perspectiva de la realidad total”.⁴⁶ De allí la necesidad de la filosofía y la teología.

Pero la tarea de integración no puede darse en abstracto, es una cuestión de personas. Son, en este respecto, inapreciables, las reflexiones de Casares sobre la necesidad de contar con profesores. “Los católicos que son profesores de la Universidad saben qué funestas son para la enseñanza que imparten y qué amargas para ellos mismos las consecuencias de la manera inorgánica y autodidáctica con que han debido improvisar su cultura católica. La enseñanza no fructifica católicamente porque sea recta la intención del católico que enseña; esa rectitud es condición moral de una buena enseñanza; pero si no se posee fundamentalmente la doctrina que se tiene como católico el deber de conciencia de enseñar todo será inútil, y puede ser pernicioso”.⁴⁷

⁴⁵ Ibid., p.58.

⁴⁶ Ibid., p.51.

⁴⁷ Ibid., p.61.

Y ello solo puede lograrse mediante personas dedicadas, lo que incluye, también, la preocupación económica por sostenerlos.

El problema fundamental de una obra como la que los Cursos intentan no será nunca primordialmente un problema económico. Sin embargo, la relación de las soluciones económicas con las de los problemas que suscita la enseñanza y la investigación son de tal naturaleza que a veces parecen relaciones de dependencia. Piénsese nada más que en lo que requiere la constitución de un claustro de profesores, condición primera de un instituto de estudios. Claustro de profesores no es lo mismo que un conjunto de personas de buena voluntad dispuestas a sacrificar hasta los momentos de su legítimo descanso para dictar una hora de clase sobre una disciplina en la que no ha de pretenderse que se especialicen, porque las obligaciones comunes de su ministerio, o de su profesión o de su estado, que tienen necesaria preeminencia sobre esta accesoria función docente, no lo consienten. Sin duda los Cursos existen, y si alguna consideración merecen, la merecen gracias al sacrificio continuado de quienes fueron profesores en medio de un régimen de obligaciones que para cualquiera, sin el espíritu de generosidad que a ellos les animaba, parecería incompatible con toda clase de docencia.

Pero si se trata de dar un paso más, sin perjuicio de mantener lo que hasta ahora se ha hecho; de intentar estudios de verdadera categoría universitaria, hay que comenzar por constituir un claustro de profesores, esto es, un conjunto de personas primordialmente dedicadas a la investigación y a la docencia (...).

Con sólo retribuciones suficientes no se obtienen vocaciones y aptitudes para la docencia superior, es cierto. Pero la vocación y aptitud no pueden fructificar sin la posibilidad material de una dedicación suficiente.⁴⁸

En su pequeño ensayo sobre los *Cursos de Cultura Católica* Casares señala como sentir característico de los mismos al sentimiento de filialidad: “Ningún sentimiento cristiano haya sido, quizás, más vivo en los *Cursos*, a despecho de cualquier apariencia, que un recio sentimiento de filialidad”.⁴⁹ Afecto fundamentalmente respecto de la Iglesia, pues los *Cursos*, aclara “fueron fundados para ser una casa en la que los católicos laicos tuviesen un hogar que les enseñara y alentara a no dejar de ser nunca y a ser cada vez más genuinamente, en la vida de la inteligencia, hijos de la Iglesia”.⁵⁰ Es por ello que, minimizando su propio papel y el de los fundadores, se congratula por que fueran una obra colectiva. “¡Profunda satisfacción la de volver la vista al pasado de ellos y comprobar que fueron una obra fundamentalmente impersonal!, tanto que, en rigor de verdad, todos los que han participado de algún modo en la vida de ellos les son deudores”.⁵¹ Ello puede ser verdad, pero también lo es que la Universidad Católica le debe mucho a quienes los hicieron posibles. Sabernos herederos, tenerlos presentes, no olvidarlos, resulta necesario, además de ser una cuestión de justicia para con nuestra historia, para pensarnos a nosotros mismos y a nuestra Universidad.

⁴⁸ Ibid., 91-92.

⁴⁹ Ibid, p.77.

⁵⁰ Ibid., p.77.

⁵¹ Ibid., p.77.